

Juicio a la Historia

El *Affair* Paschini (1941-1979)*

Maurice A. Finocchiaro **

Resumen: (*) Este es el capítulo 16 de su obra monumental titulada *Retrying Galileo, 1633-1992*, publicado en el 2005 por la University of California Press, Berkeley. Este libro es un examen del affair Galileo desde el momento de la condena del científico toscano por la Inquisición en 1633, hasta su supuesta rehabilitación por el Papa Juan Pablo II en 1992. Su enfoque es en temas tales como: si acaso la condena fue justa, y si probaría la incompatibilidad entre ciencia y religión; pone énfasis en los textos que constituyen las fuentes primarias, y de los cuales emergen los hechos históricos y los distintos temas controversiales. El capítulo 17 del mismo estudio del profesor Finocchiaro, contiene una evaluación precisa, realista y balanceada, de los esfuerzos del Papa Juan Pablo II para poner a la Iglesia al día frente al caso Galileo, conjuntamente con una estimación negativa tanto de la comisión papal encargada de su reexamen, como de su presidente, el Cardenal Paul Pourpard. La traducción es de Hermes H. Benítez, y ha sido expresamente autorizada por la editorial.

Palabras claves: Inquisición, historia, ciencia, Iglesia Católica, juicio, astronomía.

Abstract: This is the chapter 16th of his monumental work titled *Retrying Galileo, 1633-1992*, published in the 2005 by the University of Californian Press, Berkeley. This book is an examination of Galileo's affair from the moment of the sentence of the toscano scientist by the Inquisition (Santo Oficio) in 1633, to its supposed rehabilitation by Pope John Paul II in 1992. Its approach is in subjects such as: if the sentence was just, and if it would prove the mutual incompatibility between science and religion; it puts emphasis in the texts that constitute the primary sources, and of which emerge the historical facts and the different controversial subjects. In chapter 17 of the same study of professor Finocchiaro, a precise evaluation is contained, realistic and balanced, of the efforts of Pope John Paul II to up to date the Church's position in Galileo's case, along with a negative estimation both of the papal commission in charge of his reexamination, us of its president, Cardinal Paul Pourpard. The translation was made by **Hermes H. Benítez**, and has been specifically authorized by the publishing house.

Keywords: Inquisition, history, science, Catholic Church, trial, astronomy.

* * *

Hemos visto que, en 1941, con el fin de marcar el tricentenario de la muerte de Galileo, la Pontificia Academia de Ciencias comisionó a Pío Paschini para que escribiera un libro sobre su vida y obra, su trasfondo histórico y significación. También hemos visto que aunque en 1943 Paschini se las arregló para hacer una pequeña contribución a la rehabilitación silenciosa de Galileo con ocasión de aquel tricentenario, su libro no fue publicado hasta 1964¹. Ahora es el momento de discutir las razones de este retraso, las razones de la publicación póstuma, y la controversia generada por tal publicación².

16.1 Silenciando a un historiador: Las cartas de Paschini (1941-1946)

Paschini nació en 1878 cerca de Udine en la región nororiental de Italia. En 1900 fue ordenado cura³, y en 1906 comenzó a enseñar historia de la Iglesia en el seminario de Udine⁴. El foco de sus estudios fue la historia de la Iglesia local. Después de que Pío X condenó las sesenta y cinco proposiciones "modernistas" con la Encíclica *Lamentabili Sane Exitu* en 1907,⁵ Paschini cayó bajo sospecha de ser un simpatizante del modernismo, pero no se metió en ninguna seria dificultad⁶. En 1913 fue nombrado profesor de historia eclesiástica del Seminario Romano (también conocido como Universidad Laterana), y se trasladó a Roma. Paschini le ganó el nombramiento a otro candidato llamado Angelo Roncalli, quien se encontraba bajo una sospecha aun mayor de modernismo⁷; Roncalli llegó a ser más tarde el Papa Juan XXIII.

El nombramiento de Paschini en Roma coincidió con una reorganización de varios seminarios Romanos por Pío X. Entre otras cosas, se suponía que el Seminario Romano llegaría a ser una institución nacional. El Papa eligió personalmente a Paschini, a quien admiraba por su integridad, sabiduría,

habilidad para enseñar, y ortodoxia; con respecto a esta última, por aquel tiempo Paschini había conseguido convencer a sus superiores de que él no era un modernista⁸.

Cuando se trasladó a Roma, Paschini dejó de usar el Latín y en sus cursos comenzó a dar sus lecciones en italiano, sin que ello tuviera repercusiones disciplinarias. Se mantuvo alejado de la política vaticana y del carrerismo. Amplió sus intereses investigativos desde tópicos locales de Udine a cuestiones más generales acerca de la historia eclesiástica romana en el siglo XVI. En su enfoque histórico se mantuvo lejos de la apologética y el fideísmo. Encontró pocas ocasiones para el trabajo pastoral, concentrándose en cambio en la erudición y el estudio. Llegó a ser un buen y típico miembro de lo que un estudioso ha llamado la “sacra república romana”⁹, que incluía a letrados protestantes tales como Ludwig von Pastor.

En 1919 Paschini jugó un papel dirigente cuando el Seminario Romano comenzó a patrocinar, y a publicar, una serie de Lecciones Lateranas y la revista *Lateranum*. Esta práctica, que fue pronto emulada por muchos colegios vaticanos, llevó a muchos avances en su carrera. En 1932 fue nombrado presidente del Seminario Romano. Durante el año académico 1932-1933 fue nombrado *Privadozent* en historia moderna en la Facultad de Letras y Filosofía de la Universidad (estatal) de Roma, en los momentos en que era miembro del Consejo de la Facultad el conocido filósofo y simpatizante fascista Giovanni Gentile¹⁰. En 1937 Paschini llegó a ser el representante del Vaticano ante la Comisión Internacional de Ciencias Históricas. En 1941 fue invitado a dictar la lección inaugural del nuevo año académico y en celebración del décimo aniversario de la constitución papal *Deus Scientiarum Dominus*; la lección, que fue publicada en *L'Osservatore Romano*, era relativamente progresista e hizo que se levantaran algunas cejas.

Cuando la Academia Pontificia se acercó a Paschini en noviembre de 1941 para plantearle que escribiera un libro acerca de la vida y obra de Galileo, aquél se negó inicialmente, por tratarse de un tópico fuera de su campo. En realidad, el año anterior Paschini había publicado *Roma en el Renacimiento*, que estaba meticulosamente documentado e incisivamente argumentado y había sido bien recibido, a pesar del hecho de que era a menudo crítico de la Iglesia de aquel tiempo¹²; y esta obra de historia eclesiástica traslapaba cronológica y temáticamente con la proyectada obra sobre Galileo; pero Paschini sabía que él no tenía una formación científica. Una reveladora mirada a su actitud la da una carta que escribió a su amigo Monseñor Giuseppe Vale el 4 de diciembre de 1941, cuatro días después de que su nombramiento en el proyecto fuera anunciado en la reunión de la Academia del 30 de noviembre:

[175] “Ud. debe haber leído en *L'Osservatore* de este lunes recién pasado acerca de la tarea que se me ha dado sobre la vida de Galileo. Ello me lo había ya mencionado hace unas pocas semanas Monseñor Mercati, en nombre de la Pontificia Academia de Ciencias, pero decliné en razón de estar ya sobrecargado de trabajo con mis obligaciones regulares, y del hecho de que el proyecto se refiere a una época y a un tópico que no ha sido nunca parte de mis investigaciones”.

[176] “Pensé que era el fin del asunto, pero ocurre que hace poco más de una semana el Padre Gemelli vino a mi casa y me rogó con gran entusiasmo no repetir mi respuesta negativa; pues la Academia tenía confianza en mi trabajo y estaba lista a asignarme el apoyo financiero necesario, así como alguna otra asistencia que pudiera facilitar mi trabajo. No pude negarme y le pedí que encontrara la manera de descargarme de algunas de mis tareas.

El me dijo que hablaría con el Papa acerca del asunto. Pero yo no veo cómo esto pudiera llegar a ocurrir, de manera que no tengo muchas esperanzas de conseguir algunos ayudantes de investigación. Sólo espero conseguir ayuda en materias secundarias, tales como asistencia bibliográfica.

Ellos quieren un Galileo en el contexto de su tiempo, tanto con respecto a la vida religiosa como a la científica. Esto, ciertamente, no es fácil y no me permite beneficiarme de un ayudante de investigación a mi lado. En cualquier caso, he comenzado a hacer la investigación y a releer las cartas de Galileo, que pueden ser leídas con placer. Pero estoy aprensivo de tener que tratar con los dos sistemas máximos del mundo, con la cosmología física de la época; que son abstrusas y aburridas. Pero debo ser paciente, no tengo plazo fatal, aunque en 1942 es el tricentenario de la muerte de Galileo, de modo que no sería apropiado demorarse demasiado”¹³.

Monseñor Angelo Mercati era amigo de Paschini y miembro de un pequeño comité encargado por la Academia de elegir un estudioso adecuado para el proyecto galileano. Mercati tenía la posición de director del Archivo Secreto del Vaticano y era hermano del Cardenal Giovanni Mercati. En aquel

momento Angelo Mercati estaba trabajando en un t3pico relacionado, porque el a3o anterior (1940) hab3a descubierto el sumario del juicio de la Inquisici3n a Giordano Bruno, y se encontraba en proceso de publicarlo¹⁴.

A pesar del pesimismo de Paschini, alguna ayuda le lleg3, pues se nombr3 un ayudante, Michele Maccarrone, para que enseñara su curso en el seminario¹⁵. Como veremos m3s tarde, Maccarrone es tambi3n la persona a quien Paschini legar3 el manuscrito de su libro y quien fue instrumental en hacerlo publicar en 1964.

Paschini ten3a demasiados conocimientos cient3ficos que aprender, demasiados materiales hist3ricos que revisar, y demasiada integridad para terminar dentro del a3o del tricentenario y producir as3 una obra que hubiera sido enteramente superficial, aunque (como vimos en el cap3tulo 14.2), escribi3 (en 1942) y public3 (en 1943) un corto art3culo popular, que estaba lleno de intuiciones y esbozaba una relativamente original rehabilitaci3n de Galileo. Finalmente, el 23 de enero de 1945, Paschini complet3 el manuscrito de su libro y lo somet3 a las autoridades de la Iglesia para su aprobaci3n¹⁶.

El manuscrito le fue entregado a Giuseppe Armellini, para que lo revisara en su partes cient3ficas, Armellini era director del Observatorio Astron3mico Vaticano y miembro de la Pontificia Academia de Ciencias; su evaluaci3n cient3fica fue en general positiva. Sin embargo, otros revisores, quienes evaluaron los aspectos hist3ricos, objetaron muchos de los juicios de Paschini. Por ejemplo, al parecer 3l habr3a sido demasiado duro e injusto con los jesuitas¹⁷. Pero 3sta fue s3lo la punta del iceberg, que se mantuvo en su mayor3a sumergido. Trataremos de establecer estas objeciones en breve. Sin embargo, ellas eran tales que Paschini no estuvo dispuesto a cambiar la sustancia de sus juicios. De modo que la Academia se neg3 a publicar el manuscrito y envi3 el caso al Secretariado del Estado Vaticano. All3 3ste fue manejado por Giovambattista Montini, subsecretario y consultor del Santo Oficio, quien m3s tarde llegar3 a ser el Papa Pablo VI. Fue entonces que el Papa P3o XII, quien originalmente hab3a estado muy interesado y en favor del proyecto en general, y de Paschini en particular, decidi3 enviar el caso al Santo Oficio, donde fue recibido en Julio de 1945¹⁸.

Durante los pr3ximos doce meses Paschini trat3 de averiguar acerca de la naturaleza precisa y la sustancia de las objeciones en contra de su manuscrito. Se pondr3 en contacto con las tres instituciones involucradas: la Academia de Ciencias, El Secretariado de Estado, y el Santo Oficio; y se reunir3 e intercambiar3 correspondencia con un funcionario de cada una de ellas: Gemelli, Montini, y el asesor Monse3or Alfredo Ottaviani, respectivamente¹⁹.

Aparentemente Paschini nunca recib3 ninguna evaluaci3n escrita de su manuscrito, pero pudo hablar con los funcionarios involucrados. 3l mismo relat3 la sustancia de estas discusiones en varias cartas que escribiera. En estas cartas podemos vislumbrar las objeciones que se hicieron en contra de su manuscrito. Estas cartas son tambi3n valiosas porque contienen sus respuestas a aquellas objeciones. La primera carta relevante es una que dirigi3 al Secretario Montini, despu3s de un encuentro que tuvieron, y est3 fechada el 12 de mayo de 1946:

[202] “No le oculto que la comunicaci3n oral que me transmit3 hace unos pocos d3as, referente a mi obra acerca de Galileo, me ha llenado de desilusi3n [203] y amargura. Como Ud. sabe, nunca hubiera pensado en emprender tal obra por propia iniciativa. En realidad, sab3a muy bien que no ha habido todav3a un fin a los ecos pol3micos de aquellos distantes acontecimientos, ni a los apasionados conflictos que los han acompa3ado hasta nuestros propios d3as. As3, cuando Monse3or Mercati quizo confiarme la tarea en nombre de la Pontificia Academia de Ciencias, la declin3 sin ulterior agregado. Sin embargo, no pude resistir una segunda y m3s apremiante invitaci3n del Padre Gemelli, en la esperanza de acometer una obra que ser3a 3til y ventajosa a la Santa Iglesia. En ese momento el Padre Gemelli me dijo que lo que se deseaba era una contribuci3n a la clarificaci3n de la vida y actividades cient3ficas de Galileo, que estuviera lejos de las preconcepciones de cualquier partido, es decir, imparcial hacia todo inter3s sectario o ideol3gico. Ellos pensaron que yo era la persona adecuada para esto. No tengo motivo para convertirme en un campe3n y un ap3logo de Galileo, acerca de quien sab3a muy poco, apenas lo suficiente como para acometer mis obligaciones de ense3anza...²⁰ En todas mis publicaciones he aspirado a proceder con absoluta imparcialidad, de modo que me sorprend3 sobremanera y me repugn3 haber sido acusado de no haber producido otra cosa que una apolog3a de Galileo. En realidad, esta acusaci3n ataca profundamente mi integridad cient3fica como un estudioso y un profesor. En el entero curso de mis publicaciones y mis clases, puedo decir que siempre he sentido como mi obligaci3n dejar hablar a la verdad y estar libre de cualquier obst3culo creado por ignorancia o parcialidad; y tambi3n en mi estudio de Galileo, creo no haber fallado en mi prop3sito, que es el prop3sito de cualquier persona honesta.

...He trabajado en el t3pico por m3s de tres a3os, venciendo considerables dificultades, leyendo las obras y correspondencia de Galileo y obras sobre 3l con el m3s firme prop3sito y objetividad; y creo que puedo afirmar, sin presumir, que conozco a Galileo mejor que aquellos que me critican, quiz3s sin haber le3do la totalidad del manuscrito; pues me doy cuenta que no es agradable leer un manuscrito tan estrechamente argumentado como el m3o... Ellos se me oponen con la dificultad ya superada de que Galileo no hab3a avanzado una prueba conclusiva para su sistema helioc3ntrico. Yo sab3a eso muy bien; pero la teor3a tradicional entonces prevalente en las escuelas no ten3a tampoco pruebas en su favor... En el documento que Ud. me ley3, algunas sentencias de mi libro fueron mencionadas en mi contra. No me hubiera negado a bajarle el tono o a modificar algunas expresiones que ellos deseaban corregir, y en verdad lo hubiera hecho gustosamente; pero respecto de las que fueron mencionadas, las hab3a escrito precisamente con el fin de distinguir claramente las responsabilidades de los consultores de 1633 de las de aquellos de la Iglesia y de la propia Inquisici3n; no es mi culpa si aquellos consultores aparecen habiendo perdido credibilidad hoy d3a, como todos lo saben. En cuanto a los otros comentarios que Ud. me ley3, Ud. sabe que yo no entend3 muy bien el tenor de algunos de ellos, y en este momento ni me acuerdo de algunos otros²¹; por otra parte, no puedo ocupar m3s de su precioso tiempo en una materia personal m3a. De todos modos siento haber desperdiciado tanto de mi tiempo sin ganancia en un trabajo con el que me he sobrecargado, solamente con el fin de satisfacer a otros. Por favor simpatice Ud. con estas simples palabras m3as, y mantenga su preciosa benevolencia hacia m3, y est3 seguro que yo estoy siempre...”²²

No es dif3cil simpatizar con la v3ctima de este episodio del Affair Galileo de cuatro siglos de antigüedad. Sin embargo, el predicamento de Montini no era cualitativamente diferente de aquel de cualquier editor que ha sometido a arbitraje un manuscrito y ha recibido una evaluaci3n negativa; ning3n editor responsable podr3a ignorar tal evaluaci3n. Por supuesto, el editor puede hacer muchas cosas en respuesta, tales como buscar evaluaciones adicionales, dar al autor la oportunidad de responder a las cr3ticas, y as3 sucesivamente. As3, aunque uno quisiera que Paschini hubiera recibido una copia escrita de la evaluaci3n negativa y que se le hubiera dado el tiempo para reflexionar sobre ella, y quiz3s responder por escrito, su encuentro con Montini pudiera ser visto como el intento del funcionario de informarle al autor sobre las cr3ticas y darle la oportunidad de responder.

Una objecci3n general y crucial fue que el libro de Paschini era una apolog3a de Galileo. Paschini se defendi3 cogentemente de este cargo elaborando en torno a su apertura de mente y objetividad. Podr3amos agregar que su situaci3n era extraordinariamente an3loga a la de Galileo y a la acusaci3n de que su *Di3logo* era una defensa del copernicanismo. El propio Paschini ha sugerido en su art3culo de 1943 que no fue culpa de Galileo si los argumentos geokin3ticos eran m3s fuertes que los geoest3ticos. Todo lo que pod3a esperarse de alguien que discutiera la cuesti3n era que presentara todos los argumentos en favor tanto de la tesis geokin3tica como de la geoest3tica, que hiciera un honesto esfuerzo de entenderlas, y que las analizara adecuada y correctamente; a menos que uno estuviera impedido de evaluar los argumentos respectivos, una conclusi3n se seguir3a en el sentido de que un lado es m3s fuerte o que ellas son casi igualmente fuertes. No hay nada objetivo o imparcial en decir que ellas son igualmente fuertes si en realidad no lo son. La honestidad le exig3a a Galileo indicar que el geokineticismo era m3s fuerte que el geoestaticismo, as3 como la honestidad le exig3a a Paschini decir lo que cre3a –que la condenaci3n de Galileo hab3a sido err3nea y que 3l fue, en realidad, un modelo de religiosidad.

Otra cr3tica al libro de Paschini se origin3 en la afirmaci3n de que Galileo no aport3 una demostraci3n concluyente del copernicanismo. Este era un argumento proclerical “standard” que hab3a germinado hac3a tanto tiempo como la carta de Bellarmino al padre Foscarini (1616), y que pod3a seguirse a trav3s de autores tales como el informe del Consultor Lazzari (1757) y el sumario de Olivieri del Affair Settele (1829c). Al responder que la falta de una demostraci3n concluyente se aplicaba incluso con mayor fuerza al geocentrismo, Paschini estaba planteando un punto cada vez mejor establecido; hab3a sido planteado en la propia respuesta de Galileo a Bellarmino²³ y pod3a ser seguido a trav3s de autores tales como Auzout (1665), la lecci3n de Gemelli (1842b), el art3culo del propio Paschini (1943), y el recuento de Socorsi (1947).

La 3nica otra objecci3n espec3fica que puede inferirse de esta carta es que presumiblemente Paschini hab3a sido demasiado duro al criticar a los consultores de 1633. Si se la toma literalmente, tal objecci3n se referir3a a los tres consultores, quienes en 1633 escribieron evaluaciones, afirmando que en el *Di3logo* Galileo claramente defend3a el movimiento de la Tierra, y estuvo muy cerca de afirmarlo²⁴. Pero quiz3s el punto se propuso incluir tambi3n a los consultores de 1616, quienes estimaron el copernicanismo como contrario a las Escrituras, hereje, y filos3ficamente falso y absurdo. En cualquier caso, la respuesta de Paschini se3alaba que al ser duro con los consultores, 3l estaba disminuyendo la culpa

de la Iglesia como un todo, y sobre la Inquisición como una institución. No lo dijo explícitamente, pero las implicaciones proclericales de tal reversión de la culpa eran obvias. Aunque tal línea defensiva no era original de Paschini, ciertamente era una parte bien establecida de las defensas tradicionales; de modo que debió haber sido apreciada por Montini y otros funcionarios.

Unos pocos días después de haber escrito la carta a Montini, Paschini le escribió, a su amigo Vale, acerca del mismo encuentro y el mismo problema. Esta carta está fechada el 15 de mayo de 1946:

[72] “Déjeme que le cuente lo que ha estado ocurriendo con mi *Galileo*. Luego de haber solicitado una resolución de las más altas autoridades (desde que pensé que ellas estaban deliberadamente dilatando el asunto por demasiado tiempo), Monseñor Montini (quien está muy en mi favor) me mandó a buscar y me leyó una especie de decisión del Santo Oficio; como Ud. sabe, él había querido ver el manuscrito bajo el pretexto de examinar lo apropiado y la manera de publicación. Dijo que mi obra era una apología [73] de Galileo; hizo algunos comentarios de unas pocas de mis sentencias; objetó que Galileo no había dado las pruebas de su sistema (el sofisma habitual); y concluyó que la publicación no era apropiada. El manuscrito me fue devuelto. No hubo condenación o censura en mi contra, aparte de lo que acabo de decir. A partir de todas estas indicaciones, he llegado a la firme convicción que en realidad, desde el comienzo mismo, el Santo Oficio no quiso en lo absoluto tal publicación. La Pontificia Academia de Ciencias lo quiso; el Santo Padre lo aprobó; pero no el Santo Oficio; este último estuvo muy feliz de encontrar un pretexto para dejar que el asunto fuera desechado. Lamenté que el Padre Gemelli tuviera tan poca visión y que no haya actuado en absoluto como un caballero. ¡Imagínese que yo, que nunca he sido un apólogo de nadie, haya podido serlo de Galileo! Sin embargo, esperar que yo debiera hablar mal de él sólo para complacerlos es algo completamente distinto; yo nunca haré tal cosa. Si hace siglos ellos cometieron un gran error (y ese no fue el único), ¿debemos hoy cometer deshonestidad? ¡Y pensar que me han pedido una y otra vez que sea objetivo, imparcial, etc.! Es tan claro como la luz del día que los jesuitas y los dominicanos perdieron credibilidad en este affair, y no les gusta que nadie se los diga. Sin embargo, quizás ellos no estuvieron directamente involucrados (en realidad, yo no sé quién leyó mi manuscrito); a lo mejor la causa es el prejuicio de que los superiores siempre tienen la razón, especialmente cuando están equivocados, como dijera alguien. De modo que he trabajado por tres años para llegar a este lindo resultado, y además para ganarme la fama de ser incapaz de hacer lo que se supone debía hacer. Le respondí a Monseñor Montini por carta (como él había sugerido), de manera que quedara algún registro de mis pensamientos sobre este asunto; y lo hice con alguna diplomacia pero con firmeza. Se me debe una compensación adecuada, y veremos qué es lo que se decidirá a este respecto. Suficiente por ahora”²⁵.

Esta carta confirma en general el recuento y los cargos previos, y agrega dos nuevos e importantes detalles. El primero es que, aparentemente, Paschini fue percibido como habiendo sido demasiado crítico de los jesuitas y los dominicanos. La queja acerca de la crítica de los consultores mencionados en la carta a Montini se superpone con la presente. Aquí se debería destacar que Paschini era miembro del clero regular, y no pertenecía a ninguna orden religiosa particular. El lenguaje de su carta refleja la actitud que muchos curas regulares han desplegado tradicionalmente hacia los jesuitas y los frailes de las órdenes especiales. En su libro, Paschini no tuvo ninguna contricción en criticar a los jesuitas y a los dominicanos, y ahora no iba a cambiar sus afirmaciones para complacerlos a ellos, a sus simpatizantes y partidarios. Esto refleja así uno de las más duraderas divisiones al interior de la Iglesia Católica, que le impide ser la institución monolítica imaginada por algunos.

El otro detalle importante en la carta refleja el mismo punto. Esta carta deja claro que había tres instituciones que llegaron a estar involucradas en el proyecto del libro de Paschini: la Pontificia Academia de Ciencias, el Secretariado de Estado Vaticano, y el Santo Oficio (o Inquisición). Paschini confesó a su amigo que aunque tuvo el apoyo de los dos primeros, el tercero se le opuso. Presumiblemente incluso el Papa Pío XII estaba personalmente en su favor, pero como cabeza de la Iglesia él no podía, simple o arbitrariamente, imponerse por sobre los elementos opuestos de la burocracia. La burocracia tenía sus propios procedimientos que debían ser respetados. Tales limitaciones al poder de un Papa son análogas a aquellas que se revelaron en el affair Settele en 1820, aunque al final el affair tuvo un resultado progresista, pero de doble filo.

En algún momento después de su encuentro con Montini, Paschini consiguió reunirse con Ottaviani, el asesor de la Inquisición. Entre el 4 y 5 de Julio de 1946 escribió sobre esta reunión a su amigo Vale:

[77] “Te puedo decir que fui llamado por Monseñor Ottaviani acerca de mi *Galileo*; he sido notificado de ello por mis superiores²⁶, El Cardenal Marchetti Selvaggini, a quien había expresado mis quejas sobre el asunto y quien, por supuesto, ha mostrado muy poco entusiasmo en representación mía. Ottaviani propuso comprarme el manuscrito para compensarme por el daño que he sufrido al no ser publicado mi libro. Inmediatamente dije que no; que no tenía intenciones de permitir que se perdiera el fruto de tres años de intenso trabajo, pues una vez que hubiera vendido el manuscrito éste habría terminado en las entrañas de una bodega y nadie volvería a oír nuevamente de él. Además, aunque no dije esto, sabía que ellos querían reducirlo todo al silencio con apenas unas pocas liras. Dije francamente que arreglaría la publicación de mi obra cuando y en la manera que considerara apropiada. Se me dijo inmediatamente que ellos querían por lo menos ser notificados de esto. Les respondí que podría hacer eso, pero que permanecía profundamente desilusionado de que se me tratara de esa manera, después de haber acometido un trabajo que nunca hubiera pensado en hacer y que acepté sólo después de que el Padre Gemelli, con la aprobación del Papa, me reiteraron la invitación de la Academia de Ciencias. Agregué que sabía muy bien que me estaba metiendo en un gran embrollo. Cometí la falta de ceder no a mi ambición, sino a los llamados que se me hicieron basados en la seriedad de mis investigaciones; en aquel momento se me dijo que ellos estaban buscando un estudioso que fuera juicioso y equilibrado y quien clarificaría la personalidad de Galileo como un científico y un cristiano. Hice lo posible para actuar de acuerdo con esta confianza, y ahora se me dice que he tomado demasiado partido con Galileo, lo que es absolutamente falso. Ciertamente yo no podría, con el fin de complacer a aquellos que tienen intereses creados, falsificar los resultados de mi búsqueda. Esto es, yo no podría repetir lo que ha sido hecho por el Padre Müller con un libro tan vergonzoso como el suyo²⁷, porque uno debe tener el valor de decir la verdad incluso cuando resulta ser amarga²⁸. De otra parte, agregué, si se hubiera considerado apropiado introducir en el manuscrito algunas clarificaciones y algún ablandamiento del lenguaje, nunca me hubiera opuesto a hacerlo, mientras uno se mantuviera dentro de los límites de la honestidad histórica; porque no pretendí ser infalible. Se objetó que yo me había basado demasiado en fuentes y estudios italianos, y que en el extranjero pudiera haber algunos que tuvieran [78] reservas al respecto; respondí que los extranjeros siempre han tenido prejuicios en contra nuestra, no sólo hoy sino también en tiempos de Galileo, e incluso antes; además, las fuentes eran en su mayoría italianas, y que no era mi falta que así fuera. Finalmente, se me dijo que se temía que alguna afirmación que yo hiciera pudiera ser transformada en una acusación probada en contra del Santo Oficio; respondí que este temor me asignaba demasiada importancia, y observé que reflejaba la visión de alguien que debió haber estado viviendo en la luna, y que no había peligro de que esto pudiera ocurrir a causa de mi obra; por otro lado, que habían muchas acusaciones en contra del celebrado tribunal, y que mi investigación al menos tenía el mérito de que trataba de poner las cosas en su lugar, es decir, bajo su verdadera luz. Esto es, en resumen, lo que él me dijo. Al final Monseñor Ottaviani me preguntó si acaso había alguien en quien yo confiara para un nuevo examen del asunto; yo propuse al Padre Cordovan, que no era un historiador profesional, pero era un hombre inteligente y juicioso, y que había escrito para *L'osservatore* un artículo que no me desagradó. Él respondió que transmitiría la información; ha transcurrido más de una semana sin que se haya escuchado nada, pero uno no debiera apresurarse; ni tampoco he escuchado nada del Padre Gemelli, aunque uno puede entender que quiera lavarse las manos luego de meterme en el embrollo. Naturalmente, por ahora no diga nada a nadie acerca de esto; lo escribí para Ud. de modo de no olvidarme yo mismo acerca de él.

P.S. Anoche en una reunión vi a Monseñor Angelo Mercati, quien me dijo que en lo referente a mi asunto su hermano el cardenal no tiene el propósito de concederles la victoria a ‘aquella gente’...”²⁹

Esta reunión con Ottaviani sugiere que la situación era todavía fluída. La Inquisición pareciera desplegar alguna flexibilidad, como lo muestra su disposición a considerar un arreglo financiero y una reevaluación del manuscrito por lectores adicionales. Y Paschini pareciera [igualmente] flexible cuando expresó su disposición a bajarle el tono a algunas de sus afirmaciones, aunque se opuso a llegar a un compromiso en materias sustantivas. Esta carta revela, también, algunas críticas adicionales al manuscrito de Paschini, a las que nuevamente él respondió cogentemente.

A pesar de la aparente flexibilidad del asesor de la Inquisición (Ottaviani), el favor aparente del Subsecretario de Estado del Vaticano (Montini), el patrocinio original por la Academia de Ciencias, y el apoyo inicial del propio Papa, el libro no fue publicado en aquel momento. El 8 de agosto de 1946, Montini le informó a Paschini por carta que el Santo Oficio había archivado el asunto; que el Secretariado de Estado estaba reconfirmando la no publicación y cerrando el caso; y que a Paschini se le pagaría la suma de 20 mil liras en compensación por sus gastos, su obra, y sus problemas (junto a un monto desconocido dado previamente)³⁰.

El manuscrito de Paschini permanecería inédito por el resto de su vida, y él se mantuvo en silencio acerca del asunto. Sin embargo, no recibió ninguna reprimenda formal, y su carrera continuó avanzando a su previamente modesto paso. Por ejemplo, sirvió de Editor en Jefe de la *Enciclopedia Católica*. Esta posición le permitió incluso volver a examinar el tópico, porque Paschini fue el autor de la entrada sobre Galileo en el volumen 5, que apareció en 1950; pero fue un ensayo autocensurado, puramente descriptivo y no polémico³¹. Paschini murió en diciembre de 1962.

16.2 “Rehabilitando” a un historiador: La edición de la Academia Pontificia del *Galileo* de Paschini (1964)

En su última voluntad y testamento, Paschini nombró a su ex alumno Maccarrone como heredero legal de su manuscrito sobre Galileo. En 1963 Maccarrone hizo un intento de hacerlo publicar acercándose a todas las oficinas e instituciones con las cuales su mentor tratara dos décadas antes. Comenzó con el Subsecretario de Estado del Vaticano, quien lo estimuló. Luego buscó una opinión del Decano de Historia de la Iglesia en la Jesuita Universidad Gregoriana de Roma, cuyo juicio fue también favorable. A continuación Maccarrone se aproximó a la Pontificia Academia de Ciencias, la que pareció interesada en publicar el libro con ocasión del cuarto centenario del nacimiento de Galileo (en 1564); y comisionó al jesuita Belga Edmond Lamalle para que hiciera las revisiones apropiadas, pusiera al día y editara el libro. Maccarrone también contactó el Santo Oficio, que no puso objeciones a su publicación, pero que tenía algunas reservas acerca de su falta de novedad y la oportunidad de su aparición. El 31 de Julio de 1963 tuvo una audiencia con el Papa Pablo VI (el ex Subsecretario de Estado, Montini), y le informó de los pasos que había dado. En el otoño de 1963, el Papa reconvocó el Concilio Vaticano II, que había sido inaugurado por Juan XXIII; algunas de sus discusiones se enfocaron en las relaciones entre la Iglesia y el mundo, la libertad de la investigación científica, y la condena de Galileo; y pronto se hizo manifiesto que la publicación del libro de Paschini fue considerada como apropiada y útil en el contexto de estas discusiones³².

El 15 de febrero de 1964, *L'Osservatore Romano* dedicó una página entera a la conmemoración del aniversario No. 400 del nacimiento de Galileo³³. El 4 de marzo, el Santo Oficio dio su aprobación incondicional para la publicación del libro de Paschini, dejándole a la Academia la tarea de su corrección y publicación. En el verano Lamalle hizo sus revisiones al manuscrito de Paschini. El 2 de octubre de 1964 se publicó el libro, en la serie *Scripta Varia* de la Academia, como volúmenes 1 y 2 de los tres volúmenes de *Miscellanea Galileiana*, con una “Nota Introductoria” de Lamalle. El 13 de noviembre se realizó la presentación del libro en la librería romana “Paesi Nuovi”, con palabras de Luigi Firpo, Paolo Brezzi, y Daniel O’Connell³⁴.

La introducción de Lamalle no contó la historia del libro de Paschini, pero declaró que en el cuarto centenario de 1964, la Academia estaba tratando de ponerse al día, lo que había sido imposible en el tricentenario de 1942, en razón de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, “desde que en el intertanto el autor ha fallecido, a la considerable edad de 85 años (el 14 de diciembre de 1962), sin haber revisado su manuscrito, el presidente de la Academia le pidió al autor de estas líneas encargarse de ver qué necesitaba la obra postuma de Monseñor Paschini de modo que pudiera ser publicada”³⁵.

Luego de esta introducción a su introducción, Lamalle dedicó la mayor parte de ella a la discusión de las debilidades de la obra de Paschini³⁶. Primero, el libro fue escrito dos décadas antes, y la historia de la ciencia ha hecho un considerable progreso desde entonces. Segundo, Paschini estaba escribiendo fuera de su especialidad, que era la historia de la Iglesia en el siglo XVI. Tercero, él se apoyó exclusivamente en la Edición Nacional de las obras completas de Galileo de Favaro (1890-1909), descuidando así otras importantes fuentes. Cuarto, el método de Paschini era el del análisis textual y la cita. Quinto, él se apoyaba en Favaro no sólo para la documentación, sino también “para su erudición, sus puntos de vista, y para la clase de problema que él formularía”³⁷. Finalmente, el resultado de todo esto fue “ver los hechos, en especial aquellos referentes a cuestiones controversiales, sólo a través de los ojos de Galileo y sus discípulos”³⁸.

A continuación Lamalle procede a discutir brevemente sus propias prácticas editoriales. Primero, no habría sido apropiado modificar la perspectiva del libro. Tampoco hubiera sido apropiado un segundo libro con copiosas y extensas notas. Sostuvo que “nuestros cambios, tanto en el texto como en las notas, ha sido deliberadamente muy discretos; y se limitaron a correcciones que nos parecieron ser indispensables y a un mínimo de actualización de la bibliografía”³⁹.

Las observaciones históricas iniciales de Lamalle son sorprendentemente engañosas, tanto por la omisión de la verdadera historia, como por culpar a la Guerra de la no publicación del libro. Pero quizás uno no debiera ser tan duro con Lamalle, quien no tuvo acceso a los documentos que registran la historia. Además, la publicación no se originó con él sino con la Academia y otros de sus funcionarios, de modo que él no fue más que su encargado.

La mayor parte de la introducción de Lamalle, en la que se discuten las debilidades de la obra de Paschini, pudiera interpretarse como una justificación subtextual de la no publicación original, y de las posteriores revisiones editoriales. No obstante, en la sección final Lamalle indicó que habría sido imposible e impropio para él escribir enteramente de nuevo el libro, y entonces que sus revisiones han sido menores y mínimas. En aquel momento no había razón para dudar de su palabra.

Mientras tanto, durante el Segundo Concilio Vaticano, se produjo un movimiento por la rehabilitación de Galileo. En marzo de 1964 el dominico francés Dominique Dubarde dirigió una petición al Papa, apoyada por muchos científicos y académicos, por una “solemne rehabilitación de Galileo”⁴⁰; el Papa envió la petición a la Inquisición, la que decidió (el 15 de mayo) que ellos ya habían actuado en el asunto al aprobar para su publicación el manuscrito de Paschini⁴¹. Sin embargo, el affair Galileo se encontraba también en la agenda formal del Concilio⁴².

El tópico fue discutido en conexión con la cuestión de la relación entre la Iglesia y la Cultura, y de la autonomía de la ciencia en particular. Varios delegados propusieron que la Iglesia reconociera oficialmente la condenación de Galileo como un error, y que éste fuera rehabilitado. Uno de estos partidarios de Galileo fue el Padre André Charrue, Obispo de Namur (Bélgica)⁴³. Otro fue el cardenal Suenens, arzobispo de Mechlin, que incluye la Universidad de Lovaina, Bélgica, quien fue citado diciendo: “les ruego, Padres, que no tengamos un Nuevo juicio a Galileo. Uno es suficiente para la Iglesia”⁴⁴. En la sesión del 4 de noviembre de 1964, Arthur Elchinger (Obispo ayudante de Strasbourg) discutió lo que él llamó la “trágica incompreensión” de los científicos por parte de la religión, expresada en muchos casos, de los cuales el affair Galileo ha llegado a ser el símbolo; de manera correspondiente, la rehabilitación de Galileo simbolizaría efectivamente que la Iglesia ha llegado a adoptar la actitud adecuada ante el problema: “La rehabilitación de Galileo por parte de la Iglesia sería un acto elocuente, si se realizara modesta pero correctamente. Tal decisión, si fuera adoptada por la suprema autoridad de la Iglesia, no podría dejar de redundar en su propio beneficio, desde que -con tal acción- recuperaría ésta la confianza del mundo contemporáneo y le haría un gran servicio a la causa de la cultura humana”⁴⁵.

Como resultado de tales discusiones, el 11 de febrero de 1965 se insertó una referencia a la condenación de Galileo en el borrador del informe de uno de los comités, que fue preparado para su aprobación por el Concilio, y que dice: “Que se nos permita deplorar ciertas actitudes mentales que son ajenas a una saludable investigación científica, las cuales en los siglos pasados se mostraron visibles quizás internamente a la propia Iglesia. Dando nacimiento como lo hicieron a disputas y controversias, estas actitudes mentales fueron la causa de que muchos terminaran oponiendo ciencia y fe con el más grave daño para ambas. Por otra parte, los errores son fácilmente comprensibles, dados aquellos tiempos, y no eran exclusivos de los católicos, puesto que actitudes similares se encontraban presentes en otras religiones. Aun así, es necesario que hagamos lo mejor, hasta donde la fragilidad humana lo permita, para que tales errores, por ejemplo la condenación de Galileo, nunca se vuelvan a repetir”⁴⁶.

Este texto fue discutido en una reunión más general del primero de abril, pero hubo oposición. Algunos delegados recomendaron que Galileo no debiera ser mencionado en lo absoluto, y otros sugirieron que se consultara a expertos. Finalmente, se alcanzó un compromiso: la mención explícita de Galileo en el texto sería eliminada, pero se agregaría una nota en referencia al libro de Paschini. Las actas de aquellas reuniones contienen las siguientes notas abreviadas que revelan las razones subyacentes al compromiso: “Galileo.- Inoportuno hablar de esto en el documento.- No forcemos a la Iglesia a decir: Cometí un error. El asunto debiera ser juzgado en el contexto del tiempo. En el libro de Paschini todo es dicho bajo la verdadera luz”⁴⁷. El creador y la fuerza tras el compromiso fue Monseñor Parente, quien era el vicepresidente de aquel comité; pero él era también el asesor del Santo Oficio quien, aunque no opuesto a la publicación del manuscrito de Paschini, había expresado reservas en 1963, cuando Maccarrone se le aproximó⁴⁸. Las razones para este cambio de opinión no son claras, pero ameritarían una ulterior reflexión luego de que se descubrió que la edición Vaticana de 1964 del manuscrito de Paschini fue adulterada, acerca de lo cual diremos posteriormente algo más.

Después de otras discusiones y aprobaciones en varias sesiones, aquel compromiso encontró su camino en la declaración oficial final del Segundo Concilio Vaticano, la constitución *Gaudium et Spes* aprobada el 7 de diciembre de 1965. La redacción del pasaje relevante fue: “Uno puede, por lo tanto, lamentar legítimamente actitudes que se encuentran algunas veces incluso entre cristianos, por una insuficiente apreciación de la correcta autonomía de la ciencia, que ha llevado a mucha gente a concluir, a partir de los desacuerdos y controversias que tales actitudes han provocado, que hay una oposición entre la fe y la ciencia”⁴⁹. Y hay una nota al pie a este pasaje que dice: “Cf. Pío Paschini, *Vita e Opere di Galileo*, 2 Vols., Ciudad del Vaticano, Pontificia Academia de Ciencias, 1964”⁵⁰.

Maccarrone, el ejecutor literario de Paschini, interpretó esta cita como una reivindicación póstuma y un triunfo para Paschini, indicando que “el raro privilegio de una mención específica en la constitución final del Concilio, único entre los autores del siglo XX, a excepción de los Papas, ha conferido sobre él una corona de eterna gloria”⁵¹. Maccarrone argumentó también que esta referencia a Paschini fue una mejor respuesta de la Iglesia ante el problema de Galileo que “rehacer el juicio de Galileo, como algunos propusieron y otros lo requirieron después del Concilio”⁵². Su razón fue que “esto habría sido anacrónico e inútil”⁵³, mientras que la obra de Paschini representó “la superación de la posición apologética que ha prevalecido en tanta historiografía católica, especialmente en la delicada cuestión de Galileo”⁵⁴.

Es incuestionable que Paschini recibió una reivindicación personal, tanto mediante los infatigables esfuerzos de su fiel discípulo Maccarrone, como de la convergencia de las circunstancias histórico-mundiales del Concilio Vaticano Segundo. Sin embargo, respecto de las implicaciones historiográficas más generales del affair Paschini, la estimación de Maccarrone resultó ser más irónica que profética. Cuán irónica fue esta estimación será aparente luego que examinemos qué se hizo con el manuscrito original en la edición vaticana de 1964 del *Galileo* de Paschini.

16.3 Adulterando la historiografía: La recuperación por Bertolla del genuino *Galileo* (1978)

En 1978 se realizó una conferencia en Udine para conmemorar el centenario del nacimiento de Paschini, cuyas actas fueron publicadas al año siguiente⁵⁵. Como uno hubiera esperado, varias contribuciones (aunque no todas) estuvieron dedicadas a la historia de la obra de Paschini sobre Galileo⁵⁶. Por ejemplo, Maccarrone contribuyó con el relato al que ya nos hemos referido y que concluye con la reivindicación recién citada. Además, la ocasión ofrecía una perfecta oportunidad a los especialistas para estudiar el material de los archivos que se encontraban en o cerca de Udine. Un conjunto de tales materiales era la correspondencia entre Paschini y su amigo Giuseppe Vale, quien vivía en Udine, mientras Paschini vivía en Roma. Ellos intercambiaron un total de 877 cartas⁵⁷, y yo he utilizado ya dos de ellas, fechadas el 15 de mayo y el 4 y 5 de julio de 1946, que contienen información crucial acerca de la no publicación original de la obra de Paschini.

La biblioteca del Seminario de Udine contiene el manuscrito original del libro de Paschini. Maccarrone, quien lo recibió en herencia, lo donó a la biblioteca luego de que el libro fue publicado. Uno de los participantes en la conferencia, Pietro Bertolla, decidió examinar el manuscrito original de Paschini y compararlo con el libro publicado. Los resultados fueron sorprendentes.

Ya se sabía, a partir de la introducción de Lamalle a la edición de la Academia del libro de Paschini, que el editor había hecho algunos cambios. El número de cambios no era muy grande, cerca de 100 en un libro de dos volúmenes de más de 700 páginas⁵⁸; muchos de los cambios eran menores y pudieran fácilmente ser clasificados como lo que normalmente se entiende por [modificaciones] editoriales. Sin embargo, muchas de las enmiendas de Lamalle cambiaron, parcial o totalmente, los juicios de Paschini. Estos cambios usualmente involucraban cuatro tópicos. En relación a Aristóteles y los jesuitas, los cambios le bajaron el tono a las observaciones negativas de Paschini y agregaron juicios favorables. En cuanto a los precursores y rivales de Galileo, los cambios tuvieron el efecto de disminuir la novedad, originalidad e importancia de la obra de Galileo. Respecto de la interacción de Galileo con la Inquisición, los cambios hacen aparecer a ésta bajo una mejor luz, y a Galileo bajo una peor. Finalmente, en unos pocos casos, los cambios no sólo alteraron completamente los juicios de Paschini, sino que también los revirtieron, al volverlos en lo opuesto de lo que Paschini había dicho. Examinemos los más significativos de tales cambios.

Uno de éstos ocurre en la discusión de Paschini en torno a los procesos tempranos en contra de Galileo (1613-1616), donde Paschini comenta las opiniones sobre las relaciones entre la interpretación escritural y la investigación científica, expresadas en las cartas de Galileo a Castelli y a Cristina de Lorena. En su manuscrito Paschini ha escrito lo siguiente: “En este respecto, es innegable que él [Galileo] expuso los principios correctos, mientras que los teólogos aparecen preocupados de preservar las reglas de lo que para ellos se ha hecho tradicional a través del Escolasticismo. Así, sus oponentes tomaron sus palabras seriamente y provocaron una decisión por parte de aquellos mismos teólogos que, dado el contexto, podía sólo ser la que describiremos a continuación. Por lo tanto, no fue Galileo quien trasladó el debate científico al campo escritural, sino que fueron los peripatéticos en alianza con los teólogos (como ha ocurrido a menudo), quienes así lo hicieron”⁵⁹.

Como hemos visto (capítulos 8.3 y 13.4), la cuestión de quién introdujo primero la hermenéutica escritural dentro de la discusión astronómica era un asunto crucial, porque tuvo consecuencias acerca de cuál de los dos lados suscribió una mala teología (usando Las Escrituras como una autoridad astronómica) y carga con la responsabilidad por el desastre de 1616. El pasaje correspondiente en el libro impreso se lee así:

[317] “En este respecto, es innegable que en general Galileo expone los principios correctos, esto es, aquellos que prevalecieron más tarde entre los exégetas católicos. Pero sería completamente ahistórico calificar la actitud de los teólogos que rechazaron sus conclusiones como simple miopía intelectual o porfiado apego a la tradición. Ellos estaban en realidad equivocados, pero no eran ignorantes; habían recibido la mejor educación entonces disponible y habían consultado, cuando fue necesario, los más conocidos especialistas; por ejemplo, como hemos visto, esto fue hecho por un hombre tan inteligente como Bellarmino, quien era libre y abierto. Además, la preocupación de defender la veracidad de las Sagradas Escrituras en todas sus declaraciones (y no sólo las declaraciones de fe y moral) era en sí misma justificada y digna de elogio, tanto como lo era la defensa de la robusta tradición que se apoyaba en los Padres de la Iglesia y sobre la gran Escolástica. Para permitir una interpretación de un pasaje de Las Escrituras (hoy día uno hablaría de “genero literario”) diferente del sentido literal, que siempre tiene la presunción [en su favor], la razón debe ser conclusivamente valedera. Desde que uno estaba tratando con el sistema físico del mundo, tal conclusividad podía sólo derivar de seguros descubrimientos experimentales. [318] Similarmente, para abandonar las deducciones peripatéticas en la interpretación del mundo físico, las que estaban favorecidas por el hecho de que correspondían a experiencias sensibles inmediatas, los filósofos requerían una prueba experimental de que tales experiencias eran inadecuadas. Bellarmino había dicho explícitamente que si se aportaran pruebas verdaderas de la inmovilidad del Sol y de la rotación de la Tierra, uno tendría “que proceder con gran cuidado” en la interpretación de las Sagradas Escrituras⁶⁰. Ahora, con respecto a estas conclusivas pruebas experimentales que los teólogos estaban demandando, Copérnico no las dio, y Galileo las prometió pero fue incapaz de aportarlas. Ahora sabemos que estas intuiciones eran correctas (dejando de lado tesis particulares) y anticipó la posibilidad de demostración. En esta situación, una vez que el debate fue llevado al campo escritural, la decisión sólo podía ser la que describiremos aquí. Galileo se defendió con notable habilidad y claridad, pero estas cualidades no fueron suficientes para salvarlo”⁶¹.

El texto publicado y editado por Lamalle admitía que Galileo estaba en lo correcto, y sus opositores teológicos estaban equivocados, respecto de los principios teológicos de la interpretación escritural; y esta admisión corresponde al texto de Paschini. Pero Lamalle ha agregado una cualificación, con la intención de justificar el error de los teólogos; ellos eran altamente educados, bien informados y bien intencionados, y tenían buenas razones; estas razones se derivaban del hecho de que Galileo carecía de pruebas concluyentes del movimiento de la Tierra, y el peso de la prueba se encontraba del lado de los proponentes de una interpretación no literal de los pasajes geoestáticos de las Escrituras. Correspondientemente, Galileo no tenía buenas razones para sus correctos principios hermenéuticos.

Estética y lógicamente, uno puede quizás admirar la elegancia de la cualificación de Lamalle. No contradecía formalmente la afirmación de Paschini, pero agregaba otra dimensión a la discusión, una dimensión que es relevante e incluso muy importante. Esto es, en una situación controversial como la del affair Galileo, es importante distinguir dos sentidos de estar en lo correcto o estar equivocado. Primero, uno puede estar en lo correcto (o equivocado) con respecto al contenido sustantivo de la afirmación que uno hace, o la creencia que uno tiene; en este sentido Galileo estaba incuestionablemente en lo correcto tanto acerca de la afirmación física (heliocentrismo) como acerca del principio metodológico (negación de la autoridad científica de las Escrituras). Segundo, uno puede estar en lo correcto (o equivocado) acerca de las razones que uno tiene para sostener lo que sostiene, o tener la creencia que tiene; y claramente es lógicamente posible, y en realidad empíricamente común, que la gente tenga creencias correctas por razones equivocadas, o creencias equivocadas apoyadas en buenas razones. Lo que Lamalle

estaba tratando de hacer fue poner a Galileo en la categoría anterior (creencias correctas por razones erróneas) y a sus opositores teológicos en la última (creencias equivocadas apoyadas por buenas razones).

Luego de tal apreciación estética y lógica, quisiera sin embargo argumentar, primero, que la interpretación de Lamalle es sustantivamente insostenible. Pero éste no es el lugar para elaborar este argumento⁶². La cuestión más importante aquí es si acaso era éticamente propio para Lamalle, como editor, agregar una cualificación que apuntaba en la dirección opuesta al propósito del autor original. Y esta cuestión debe ser juzgada a la luz de dos factores. El primero es la historia previa del manuscrito; esto es, la publicación del libro fue rechazada anteriormente porque Paschini no estuvo dispuesto a cambiar sus tesis pro-galileanas, como la que está en cuestión aquí; así podemos concluir con seguridad que Paschini no habría aprobado esta cualificación. El segundo factor fue el completo silencio de Lamalle acerca de tales cambios, excepto por las observaciones que hace en la introducción, que no mencionan puntos específicos; esto es, en el libro publicado, Lamalle no dio ninguna indicación de cómo, y cuánto, él cualificó y qué agregó al juicio original de Paschini.

Otro ejemplo de un cambio inadmisibles se refiere a la discusión de Paschini acerca de la estimación del copernicanismo por parte de los consultores (de febrero de 1616), como siendo teológicamente hereje o erróneo, y filosóficamente falso y absurdo. Luego de citar el informe de los consultores, Paschini se ha preguntado qué razones pudieron haber llevado a esta estimación filosófica. Para responder esta pregunta, él creyó que no podría hacer nada mejor que citar a un defensor y partidario clásico de aquella estimación, Riccioli: “No conocemos las razones que motivaron a la Santa Congregación a condenar la opinión del movimiento de la Tierra y la inmovilidad del Sol como filosóficamente falsas y absurdas. Pero si se nos permite hacer una suposición, quizás ellas tengan que ver con esto: filosofando físicamente, y no antojadizamente como si se estuviera tratando con una posibilidad matemática o metafísica, uno debiera basar las conclusiones acerca del movimiento y reposo natural de los cuerpos en la evidencia de las sensaciones; ahora, por universales y constantes experiencias sensibles la totalidad de la especie humana está facultada para afirmar que el Sol se mueve y que la Tierra permanece inmóvil”⁶³.

En su manuscrito, Paschini ha comentado: “Sería realmente difícil imaginar una razón más infantil, pero era una de esas comunes en aquel tiempo”⁶⁴. Este comentario no aparece en el libro publicado; en cambio hay una nota al pie del pasaje de Riccioli que se lee así:

Este argumento pudiera parecer infantil a alguien que lo saca de su contexto histórico. Pero toca el *quid* del conflicto, en el que hubo una confrontación entre dos clases de razonamientos y de dos tipos de experiencias. Para la Antigua física aristotélica, la experiencia era una forma rudimentaria dada por el contacto diario de los sentidos con los objetos y formulada en el lenguaje ordinario; era aproximadamente la de los niños de hoy, antes de que se fijara directamente por las advertencias de los adultos o el estudio de la física. Como dice R. Lenoble: “En la época de Galileo eran los adultos quienes concebían el mundo como lo hacen los niños de hoy.” Aquella experiencia desapareció, para ser reemplazada por la moderna experiencia científica (rotulada incorrectamente como baconiana), la que substituye las percepciones espontáneas por los experimentos; éstos son producidos y reproducidos, cuantitativos y ya no cualitativos, y así ellos son sometidos al rigor de los controles matemáticos y a la utilización de instrumentos que se hacen progresivamente más delicados con el fin de compensar las inadecuaciones de los sentidos. Esta nueva experiencia estaba invadiendo la escena, pero todavía provocaba muchas objeciones. Cf. R. Lenoble, “Histoire de la Pensée Scientifique”, en *Histoire de la Science*, op. cit., pp. 467-471.⁶⁵ Lenoble muestra muy bien como, para los peripatéticos de aquella época, las proposiciones citadas eran “filosóficamente absurdas”⁶⁶.

El efecto de la eliminación del juicio de Paschini y la inserción de la nota de Lamalle fue el reemplazo de una evaluación negativa de un argumento tradicional por una apreciación positiva del mismo. Hay que reconocer que la evaluación de Paschini fue un desechamiento a la rápida y sin apoyo justificatorio, mientras que la evaluación opuesta de Lamalle estaba apoyada en un no despreciable argumento. Sin embargo, una vez más, nuestra sensibilidad estética y el juicio lógico se regocijan por tal clarificación y estimación del argumento anti-copernicano a partir de la senso-experiencia; pero nuestro sentido ético resulta rebajado ante el engaño de presentar al autor original como diciendo aquello que el propio editor quiere decir (en una situación donde las dos cosas son opuestas una a otra). En otras palabras, si Lamalle estuviera escribiendo su propio libro, o presentando un comentario sobre el libro publicado, tales adiciones y sustituciones serían inobjectables. Pero Lamalle y la Academia Pontificia simulaban estar presentando y publicando la propia obra del autor muerto. Aquí debe destacarse que

hubiera sido enteramente posible y propio para ellos publicar intacto el manuscrito original (con la excepción de correcciones ‘meramente’ editoriales de errores tipográficos y otros semejantes), y luego poner un segundo conjunto de notas (además de las del propio Paschini), en las cuales Lamalle hiciera todas las “correcciones” que quisiera. ¿Por qué no se hizo esto?

En vez de tratar de responder a esta pregunta, procedamos a examinar otras de las más importantes discrepancias. Al final de su discusión de la primera fase del affair Galileo original, Paschini comentó: “Así terminó lo que fue impropriamente llamado el primer juicio a Galileo. Digo impropriamente porque las diligencias, que habían comenzado con una denuncia en su contra y de sus escritos, dejaron fuera a su persona y sus escritos con el fin de ser dirigidas en contra de la doctrina copernicana y de conducir a una condena en un decreto pronunciado con una ligereza que era completamente inusual de parte del austero tribunal. Lo que es peor es que nunca se revisó aquel decreto con un examen de más peso. Los peripatéticos habían ganado y no querían desprenderse tan pronto de su Victoria. En cuanto a Galileo, fue silenciado por medio de un mandamiento judicial, como se dice en terminología legal”⁶⁷.

En el párrafo correspondiente del libro publicado, en vez de la segunda y tercera frases de este pasaje, uno encuentra la siguiente: “Digo impropriamente porque las diligencias, que habían comenzado con una denuncia en su contra y en contra de sus escritos, dejaron fuera a su persona y sus escritos con el fin de ser dirigidas en contra de la doctrina copernicana y arribaron a su condena en un infortunado decreto; este decreto aparece sorprendente hoy, considerando que vino de tan equilibrado como austero tribunal, pero no debería ser sorprendente si lo consideramos en el contexto de las doctrinas y el conocimiento científico de aquel tiempo”⁶⁸.

En el manuscrito original, Paschini había dicho que el decreto anticopernicano de 1616 era descuidado, lo que era suficientemente malo; pero [afirmar que] no fue nunca cuidadosamente reexaminado, era incluso peor. En el libro publicado, Lamalle hace decir a Paschini que aunque el decreto fue desafortunado, no era característico de la Inquisición y comprensible en el contexto histórico. Mientras el cambio en este caso no es desde una aserción a su opuesto, lo es desde una estimación en su mayor parte desfavorable, a una en su mayor parte favorable.

A partir de los ejemplos dados hasta ahora, uno esperaría encontrar correcciones cuestionables adicionales en la discusión del proceso de 1633. En realidad, en su manuscrito, Paschini ha avanzado su juicio final acerca de la condenación de Galileo: “Así se llega a una conclusión de lo que fue el verdadero proceso a Galileo. En cuanto a la responsabilidad, uno puede decir francamente que ‘las personas que son más culpables ante los ojos de la historia son los defensores de una escuela anticuada que vio el cetro de la ciencia escapándose de sus manos y no pudo soportar que los oráculos que salían de sus labios ya no fueran religiosamente escuchados, y entonces ellos utilizaron todos los medios y todas las intrigas para recuperar para sus enseñanzas el crédito que estaban perdiendo. Uno de los principales medios usados fueron las Congregaciones y su autoridad, y la falta de estas últimas fue haber permitido ser así utilizadas’”⁶⁹. Y Paschini indicó que su cita fue tomada de la *Revue d’Histoire Ecclesiastique*, volumen 7, 1906, página 358⁷⁰.

En el pasaje correspondiente del libro publicado uno encuentra en cambio esta estimación:

[548] “Así llegó a su conclusión lo que fue el proceso de Galileo. Con el fin de no formarse una idea completamente inexacta de él, uno debe tener cuidado de no incluir en el relato certezas y puntos de vista que han triunfado sólo en los siglos siguientes. A causa de no haber tomado en cuenta tales advertencias, en los siglos XVII y XVIII uno fácilmente hubiera creído que Galileo suministró deslumbrantes pruebas de sus teorías y que sus jueces cerraron sus ojos para no verlas; así todo es reducido a una lucha entre el genio y la ignorancia y el fanatismo⁷¹. “Sin embargo, se estaba tratando con una gran lucha, pues involucró un drama de la mente. La razón científica dio un atrevido paso, aunque sin aportar pruebas decisivas; y tan gigantesco paso necesitaba una recombinação de las imágenes familiares que estaban conectadas a la representación del Universo, tanto en la mente del científico como en la del hombre de la calle.[549] Si admiramos la grandeza del sabio que arriesgó todo por el éxito de sus intuiciones, uno también debe comprender que hombres con una formación diferente no podían arriesgarse en la aventura (y esa era su gran responsabilidad)”. Lo que fue erróneo fue hacerse más tarde rígido en la posición equivocada⁷².

Una nota al pie indicaba que la cita fue tomada de una obra de 1957 de Robert Lenoble, que había sido citado antes⁷³. Entonces se declara que “los viejos esquemas han sido arrastrados a nuestro siglo”⁷⁴. Y

como un ejemplo se cita el pasaje que Paschini había citado en su manuscrito del artículo de 1906 para la *Revue d'Histoire Ecclesiastique*⁷⁵ La nota al pie concluye que “ningún historiador serio podría suscribir aún simplificaciones de este tipo”⁷⁶.

Aquí la intervención editorial de Lamalle consigue lo siguiente. El manuscrito de Paschini concluye su recuento del proceso a Galileo suscribiendo un juicio publicado por Delannoy en una revista francesa en 1906: la culpa de la condena de 1633 fue adjudicada a los profesores tradicionales de filosofía natural (quienes estaban defendiendo su territorio y monopolio), a la congregación del Index y a la Inquisición (quienes permitieron ser explotados por aquellos profesores). El libro publicado citó el mismo juicio con el fin de desecharlo como anticuado, sobresimplificado, y ahistórico; a cambio endorsó el juicio de Lenoble de 1957, de que la condena de Galileo fue el resultado de una lucha entre una concepción del mundo familiar y establecida, y una nueva y osada, en momentos en que los desacuerdos eran naturales, inevitables y legítimos; y el texto pareciera sugerir que el verdadero error vino más tarde, con los subsecuentes intentos de defender la concepción de mundo equivocada.

Aunque la interpretación apoyada por Lamalle contiene una importante y perceptiva contribución para una entera comprensión del affair Galileo, uno puede cuestionar si acaso la visión más antigua defendida por Paschini es tan inadecuada e inútil como Lamalle la hace aparecer. Sin embargo, el punto importante a enfatizar es que incluso si la visión de Lamalle fuera la correcta y la de Paschini la incorrecta, uno aún tendría que cuestionar el derecho del editor a hacer el cambio y a hacerlo de manera tan silenciosa. En realidad, y de modo suficientemente paradójico, parece que mientras más se acercaba Lamalle a lo correcto, en la sustancia y los méritos del asunto (es decir, la interpretación, explicación y estimación de la condena de Galileo), más éticamente incorrecto estaba en el aspecto editorial, porque el reemplazo silencioso de la interpretación incorrecta por la correcta, introdujo un elemento de representación falsa del autor editado y publicado.

A pesar de lo que Lamalle habla en su introducción acerca de la impropiedad de volver a escribir el libro de Paschini, él lo reescribió; o al menos reescribió el recuento de Paschini del affair Galileo. Esto es, Lamalle reescribió el libro de Paschini no tanto desde el punto de vista cuantitativo, como desde el punto de vista cualitativo de los puntos claves y las tesis cruciales. Que no haya tomado el crédito por los cambios pudiera ser visto como un signo de modestia, pero si así fuera fue una falsa y mal ubicada modestia. Dada la previa supresión del manuscrito, la única cosa correcta por hacer habría sido dejar intactas las aparentemente incorrectas interpretaciones y estimaciones, y agregar nuevas notas editoriales denunciando las supuestas limitaciones de las opiniones de Paschini.

Como fue mencionado más arriba, las adulteraciones del manuscrito de Paschini en el libro publicado fueron denunciadas por primera vez en 1978, en la Conferencia del Centenario, y publicadas al año siguiente en el volumen de Actas. Desde entonces la mayoría de los estudiosos están de acuerdo en que las enmiendas de Lamalle fueron impropias; en realidad ellos han condenado dicha práctica⁷⁷. Unos pocos han tratado de defender su legitimidad⁷⁸. Incluso otros agravan la adulteración original con el silencio, en el contexto de referirse al texto publicado de Paschini; esto es, citan a Paschini como una autoridad para apoyar sus propias afirmaciones, sin mencionar que lo que están citando no son en realidad los juicios de Paschini, sino las enmiendas de Lamalle⁷⁹.

No podemos proseguir con esta controversia en proceso acerca de una reciente controversia (el affair Paschini, 1941-1979) que [a su vez] es parte de la controversia moderna (el affair Galileo, 1633-1992) acerca de la controversia original (el proceso a Galileo, 1613-1633). Pero daré la última palabra a Maccarrone, uno de los defensores de Lamalle y de la edición Vaticana del libro de Paschini. Como hemos visto, Maccarrone fue el discípulo de Paschini que lo reemplazó en sus cursos mientras éste investigaba su libro desde 1942 a 1944; él heredó el manuscrito y tuvo éxito en hacerlo publicar de la manera oficial y celebratoria que hemos visto; él llegó a ser el biógrafo de Paschini;⁸⁰ y él hizo a Lamalle revisar el borrador original de su introducción para hacerla menos crítica. Así, la devoción de Maccarrone por Paschini no puede ser cuestionada, de modo que uno podría preguntarse (por lo menos retóricamente), si Maccarrone no se quejó por las revisiones de Lamalle del libro de Paschini, ¿por qué debiera hacerlo alguien más?

Refiriéndose a la denuncia de los cambios de Lamalle, Maccarrone afirmó que “tal documentación no constituye en absoluto un acto de acusación en contra del editor, sino más bien prueba su vasto conocimiento de la materia y de la historia de la ciencia en la época de Galileo”⁸¹. Respecto de la última enmienda discutida más arriba, Maccarrone desaprobó la observación de Lamalle de que “ningún

historiador serio podría defender todavía simplificaciones de este tipo”⁸². Sin embargo, Maccarrone replicó que “no es legítimo gritar que es una falsificación y molestar a Cicerón y a León XIII. Los ‘historiadores serios’, a quienes el Padre Lamalle se está refiriendo, serán capaces de juzgar por sí mismos”⁸³ Maccarrone también rechazó explícitamente la acusación de Piero Nonis de que la revisión de Lamalle fue “un filtro equivalente a una verdadera manipulación, dañina desde el punto de vista científico, y moralmente ilícita”⁸⁴; para Maccarrone “la comparación del texto original y el del libro publicado le permite a cualquiera que así lo desee ‘establecer la verdad’ sobre aquel punto”⁸⁵.

No me impresiona la defensa de Maccarrone, pero ahí está, para los historiadores serios, juzgar por sí mismos.

Bibliografía

Atti del convegno di studio su Pio Paschini nel centenario della nascita, 1878–1978, [1979], Udine, Pubblicazioni della Deputazione di Storia Patria per il Friuli.

Beltrán Marí, A., 1998, “Una reflexión serena y objetiva”, *Arbor* 160(629): 69, 108.

Bertolla, Pietro, 1979, “Le vicende del *Galileo* di Paschini (dall’Epistolario Paschini-Vale)”, en *Atti del convegno di studio su Pio Paschini 1979*, 173-208.

Blackwell, R. J., 1998a, “Could There Be Another Galileo Case?”, en Peter Machamer, ed. 1998, *The Cambridge Companion to Galileo*. Cambridge, Cambridge University Press.

Blumenberg, H., 1987b, *The Genesis of the Copernican World*. Trad. R.M. Wallace. Cambridge, MA: MIT Press.

Idem, 1987c, “Not a Martyr for Copernicanism: Giordano Bruno”, en Blumenberg 1987b.

Brandmüller, Walter. 1992b, *Galileo e la Chiesa, ossia il diritto di errare*, Città Del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana.

Broderick, R. C., 1987, *The Catholic Encyclopedia*, New York, Thomas Nelson.

Delannoy, P. 1906, [Review of Vacandard’s *Études*], *Revue d’Histoire Ecclésiastique* 7: 354–61.

Fabris, R. 1986, *Galileo Galilei e gli orientamenti esegetici del suo tempo*, Città Del Vaticano, Pontificia Academia de Ciencias.

Fabris, R., ed. 1992a, *La Bibbia nell’epoca moderna e contemporanea*, Bologna, Edizioni Dehoniane.

Fantoli, A. Galileo, *For Copernicanism and for the Church*, Second edition. Trans. G.V. Coyne, Vatican City, Vatican Observatory Publications.

Favaro, Antonio, ed. *Le opere di Galileo Galilei*, 20 vols., Florence, Barbera. Rpt. 1929-1939, 1968.

Fenu, E. 1964, “Polemica galileiana”, *L’Osservatore Romano*, 15 de febrero.

Finocchiaro, M. A., 1980, *Galileo and the Art of Reasoning*. Dordrecht: Reidel.

Idem, 1986a, “The Methodological Background to Galileo’s Trial”, en Wallace 1986, 241–72.

Idem, 1989, *The Galileo Affair. A Documentary History*, Berkeley, University of California Press.

Ghiberti, G., 1992, “Lettura e interpretazione della Bibbia dal Vaticano I al Vaticano II”, en Fabris 1992a, 187–245.

Gusdorf, G., 1969, *La Révolution Galiléenne*. 2 vols., Paris, Payot.

Jaugey, J.-B., 1888, *Le Procès de Galilée et la Théologie*, Paris.

Koven, R., 1980, “World Takes Turn in Favor of Galileo”, *Washington Post*, 24 de octubre.

Lamalle, E., 1964, “Nota introduttiva all’opera”, en Paschini 1964a, 1:VII-XV.

Lenoble, R., 1957, “Origines de la Pensée Scientifique Moderne”, en *Histoire de la Science*, Ed. M. Dumas, 367-534, Paris, Gallimard.

Maccarrone, M., 1979a, “Mons. Paschini e la Roma ecclesiastica”, en *Atti del convegno di studio su Pio Paschini 1979*, 49-93.

- Idem, 1979b, "Mons. Paschini e la Roma ecclesiastica", *Lateranum* 45, 154-218.
- Masi, R., 1964, "La piu grande scoperta: il metodo sperimentale", *L'Osservatore Romano*, 15 de febrero.
- Mayaud, Pierre Noel, 1997, *La Condamnation des Livres Coperniciens et sa Revocation a la Lumiere de Documents Inedits des Congregations de Index et de l' Inquisition*, Roma: Editrice Pontificia Università Gregoriana.
- Mercati, A, ed. 1942, *Il sommario del processo di Giordano Bruno*, Città Del Vaticano, Biblioteca Apostolica Vaticana.
- Miscellanea galileiana*, 3 vols., Pontificiae Academiae Scientiarum Scripta Varia, n°. 27, Vatican City, Ex Aedibus Adademicis in Civitate Vaticana, 1964.
- Müller, Adolf, 1909a, *Der Galilei-Process (1632-1633) nach Ursprung, Verlauf und Folgen*, Frieburg im Briesgau, Herdesche Verlagshandlung.
- Idem, 1909b, *Galileo Galilei und das Kopernikanische Weltsystem*. Freiburg im Breisgau, Herder.
- Idem, 1911, *Galileo Galilei*, Trans. P. Perciballi, Rome, Max Bretschneider.
- Nonis, P., 1979, "L'ultima opera di Paschini: Galilei", en *Atti del convegno di studio su Pio Paschini 1979*, 158-72.
- Paschini, Pio, 1940, *Roma nel Rinascimento*, Bologna, Cappelli.
- Idem, 1941, Paschini a Vale, 4 diciembre, en Bertolla 1979.
- Idem, 1942, Review of Mercati's *Sommario del processo di Giordano Bruno*. *Studium* 38:226-29.
- Idem, 1943, "L'insegnamento di Galileo: non temere la verità", *Studium*, April, 39: 94-97.
- Idem, 1946c, Paschini to Vale, 4-5 July 1946, en Simoncelli 1992, 77-78.
- Idem, 1950, "Galileo Galilei", *Enciclopedia cattolica*, vol. 5, columns 1871-1880. Vatican City, Ente per l'Enciclopedia cattolica e per il libro cattolico.
- Idem, 1964a, *Vita e opere di Galileo Galilei*, Ed. E. Lamalle. 2 vols., en *Miscellanea Galileiana*, vols 1 y 2.
- Idem, 1964b, *Vita e opere di Galileo Galilei*, 2 Vols., Città Del Vaticano, Pontificia Accademia delle Scienze.
- Idem, 1965, *Vita e opere di Galileo Galilei*, Ed. M. Maccarrone, Roma: Herder.
- Riccioli, Giovanni Battista, 1668, *Argomento fisicomatematico*, Bologna.
- Simoncelli, Paolo, 1992, *Storia de una censura*, Milan, FrancoAngeli.
- Tamburini, F. 1990. "La riforma della Penitenzieria nella prima metà del secolo XVI." *Rivista di storia della chiesa in Italia* 44:110-140.
- Vacandard, E. 1905a, "La Condamnation de Galilée", in Vacandard 1905b, 293-387.
- Vacandard, E. 1905b, *Études de Critique et d'Histoire Religieuse*, Paris, Le Couffre.
- Wallace, W. A., ed. 1986, *Reinterpreting Galileo*, Washington, Catholic University of America Press.
- Zoffoli, E., 1990, *Galileo: Fede nella ragione: Ragioni della fede*, Bologna, Edizioni Studio Domenicano.

Notas

** Maurice A. Finocchiaro, el más importante de los especialistas anglosajones en la vida y obra de Galileo, es "Distinguished Professor" y Profesor Emérito de Filosofía de la University of Nevada-Las Vegas; es autor, entre otros, de los libros *Galileo and the Art of Reasoning* (1980); *The Galileo Affair: A Documentary History* (1989); *Galileo on the World Systems: A New Abridged Translation and Guide* (1997).

¹ Hay tres ediciones del libro, todas con la misma paginación: la primera (Paschini 1964a) comprende volúmenes 1 y 2 de los tres

volúmenes de *Miscellanea Galileiana*, y es la única que incluye una introducción de Lamalle; la Segunda (Paschini 1964b) es una edición separada en dos volúmenes, sin la introducción de Lamalle pero aparte de eso idéntica a la primera; ambas fueron publicadas por la Academia Pontificia de Ciencias y tienen paginación continua entre el primero y segundo volumen; la tercera (Paschini 1965) fue editada por Michele Maccarrone con una introducción suya y es una reimpresión faximil de las ediciones anteriores, en un solo volumen y con los errores tipográficos corregidos.

² Mi recuento se basa en *Atti del convegno di studio su Pio Paschini nel centenario de la nascita* 1979; Bertolla 1979; Blackwell 1998a, 361-366; Brandmüller 1992b, 20 n 27; Fabris 1986, 8-10; Fantoli 1996, 503-5, 523-528; Lamalle 1964; Maccarrone 1979a,b; Nonis 1979; Simoncelli 1992; Tamburini 1990, 128-29. Otras Fuentes esenciales son los manuscritos de Paschini depositados en la biblioteca del Seminario de Udine, especialmente el manuscrito original de su libro sobre Galileo y su correspondencia con su amigo Giuseppe Vale; yo no he consultado dichos manuscritos sino que me he apoyado en los esfuerzos de estos estudiosos (especialmente Bertolla, Maccarrone y Simoncelli), según se encuentran en sus obras publicadas.

³ Maccarrone 1979a, 49.

⁴ Maccarrone 1979a, 52.

⁵ Broderick 1987, 566; Ghiberti 1992, 218.

⁶ Simoncelli 1992, 19.

⁷ Simoncelli 1992, 20

⁸ Para tales detalles, véase Maccarrone 1979a, 49-60.

⁹ Maccarrone 1979a, 64; para mayores detalles acerca de los puntos mencionados en este párrafo, véase pp. 60-71.

¹⁰ Simoncelli 1992, 23

¹¹ Simoncelli 1992, 34-38; para más detalles acerca de otros puntos mencionados en este párrafo, véase Maccarrone 1979a, 71-75.

¹² Simoncelli 1992, 39; cf. Paschini 1940.

¹³ Traducido desde el texto italiano de Paschini 1941, según fue transcrito y publicado por Bertolla (1979, 175-176) de los manuscritos de Paschini en la biblioteca del Seminario de Udine.

¹⁴ Cf. Mercati 1942; Paschini 1942; Blumemberg 1987c, 371.

¹⁵ Bertolla 1979, 176 n.2.

¹⁶ Maccarrone 1979a, 78; Simoncelli 1992, 59-60.

¹⁷ Maccarrone 1979a, 78.

¹⁸ Para ulteriores detalles acerca de los hechos resumidos en este párrafo, véase Maccarrone 1979a, 78-79; Simoncelli 1992, 59-79.

¹⁹ Para más detalles, véase Maccarrone 1979a, 79-84; Simoncelli 1992, 59-79.

²⁰ Aquí, y en el resto de esta carta, las elipses se encuentran en el texto publicado por Maccarrone (1979b, 202-3).

²¹ Aquí Maccarrone declara entre paréntesis que “en el manuscrito la última cláusula está borrada” (1979b, 203).

²² Traducido desde el texto italiano de Paschini 1946a, según fuera transcrito y publicado por Maccarrone (1979b, 202-3). Versiones algo menos abreviadas de esta carta fueron citadas, también, por Maccarrone (1979a, 82-83 n. 112) y Simoncelli (1992, 70-710), pero el texto que yo he citado y traducido aquí está también abreviado.

²³ Cf. “Consideraciones acerca de la opinión copernicana”, de Galileo, especialmente parte 3, secciones 6-7, en Favaro 5: 368-369 y Finocchiaro 1989, 85.

²⁴ Cf. Favaro 19: 348-60; Finocchiaro 1989, 262-76.

²⁵ Traducido del texto italiano de Paschini 1946b, según fuera transcrito y publicado por Simoncelli (Milan: FrancoAngeli, 1992), 72-73, de los manuscritos de Paschini en la biblioteca del Seminario de Udine; una versión abreviada de esta carta fue impresa por Bertolla (1979, 180-81).

²⁶ El Cardenal Francesco Marchetti Selvaggini fue el supervisor Vaticano de la Universidad Laterana (o Seminario Romano) del cual Paschini era Presidente; cf. Simoncelli 1992, 76.

²⁷ Cf. Müller 1909a,b, 1911, y capítulo 13.4.

²⁸ Cf. Paschini 1943 y capítulo 14.2.

²⁹ Traducido desde el texto italiano de Paschini 1946c, según fue transcrito y publicado por Simoncelli (Milan: FrancoAngeli, 1992), 77-78, de los manuscritos de Paschini en la biblioteca del Seminario de Udine; una versión abreviada de esta carta fue impresa por Bertolla (1979, 181-82).

- ³⁰ Maccarrone 1979b, 204; Simoncelli 1992, 79.
- ³¹ Paschini 1950; Cf. Simoncelli 1992, 100-101.
- ³² Maccarrone 1979a, 87-88; Simoncelli 1992, 128-39; Fantoli 1996, 525-26 n. 41.
- ³³ Fenu 1964; Gusdorf 1969, 1:133-34; Masi 1964; Maccarrone 1979a, 88 n.28
- ³⁴ Para más información sobre los acontecimientos reportados en este párrafo, véase Maccarrone 1979a, 88-90; Simoncelli 1992, 109-39; Fantoli 1996, 526-27; Beltrán Marí 1998, 95.
- ³⁵ Lamalle 1964, viii.
- ³⁶ Aparentemente la introducción publicada fue un borrador revisado, desde que el primer borrador de Lamalle daba una estimación incluso más negativa y severa de la obra de Paschini, y Maccarrone la objetó; cf. Maccarrone 1979b, 212-13 n. 130.
- ³⁷ Lamalle 1964, xii.
- ³⁸ Lamalle 1964, xii.
- ³⁹ Lamalle 1964, xiii
- ⁴⁰ Fantoli 1996 (528 n. 42), 2001 (734 n. 2). Para más información relevante, véase Koven 1980.
- ⁴¹ Fantoli 1996 (529 n.44), 2001 (734 n. 2).
- ⁴² Para el recuento que sigue, me apoyo fuertemente en Maccarrone 1979a, 90-93, que fue publicado también en Maccarrone 1979b, 214-18; véase también Beltrán Marí 1998, 99-100; Blackwell 1998a, 361-66; Fantoli 1996, 505-6, 529-31; Gusdorf 1969, 1:133; *Le Monde* (Paris), 31 Octubre 1964; Mayaud 1997, 297-98; Simoncelli 1992, 128-39.
- ⁴³ Cf. Mayaud (1997, 297), quien refiere al *Acta Synodalia Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani Secundi* (Roma 1975), I, iii,145.
- ⁴⁴ Cf. Gusdorf (1969, 1: 133), quien cita de *Le Monde* (Paris) del 31 de Octubre de 1964.
- ⁴⁵ Citado por Maccarrone (1979a, 91) del *Acta Synodalia Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani Secundi* (Roma 1975), vol. 3, tercer período, parte 6: sesiones generales 112-118, en sesión 114, 4 de Noviembre de 1964, pág. 268.
- ⁴⁶ Citado aquí de Fantoli 1996, 528-29, donde el pasaje es traducido del original latino citado por Maccarrone (1979a, 91), quien lo citó de los archivos del Concilio Vaticano Segundo.
- ⁴⁷ Citado por Maccarrone (1979a, 92) de los archivos del Concilio Vaticano Segundo.
- ⁴⁸ Maccarrone 1979a, 88; Simoncelli 1992, 35-36.
- ⁴⁹ Citado aquí de Blackwell 1998a, 365; cf. Maccarrone (1979a, 92-93), quien cita el texto latino de *Concilium Oecumenicum Vaticanum II: Constitutiones, Decreta, Declarationes* (Ciudad del Vaticano), pág. 731, número 31; cf. Simoncelli (1992, 137-38), quien traduce el pasaje al italiano de “Constitutio Pastoralis de Ecclesia in Mundo Huius Temporis”, in *Acta Apostolicae Sedis: Commemoratum Officiale*, 1966, 59: 1025-1120, en pág. 1054.
- ⁵⁰ Maccarrone 1979a, 93; Simoncelli 1992, 138.
- ⁵¹ Maccarrone 1979b, 218.
- ⁵² Maccarrone 1979b, 217. En la nota n. 141 de esta página, Maccarrone escribió que en 1967 Paulo VI, en conexión con la cuestión de la beatificación del científico danés Nicolaus Steno (1638-1686), estuvo considerando reabrir el proceso a Galileo; el Papa consultó dos veces a Lamalle acerca de esta idea y recibió una recomendación negativa; cf. también Maccarrone 1979a (88), 1979b (210 n. 127); Simoncelli 1992, 138-39.
- ⁵³ Maccarrone 1979b, 217.
- ⁵⁴ Maccarrone 1979b, 218.
- ⁵⁵ *Atti del convegno di studio su Pio Paschini nel centenario della nascita* 1979.
- ⁵⁶ Bertolla 1979; Maccarrone 1979a; Nonis 1979.
- ⁵⁷ Bertolla 1979, 173.
- ⁵⁸ Bertolla 1979, 185-208.
- ⁵⁹ Citado por Bertolla (1979, 193-94), quien lo transcribe de la pág. 385 del manuscrito de Paschini depositado en la biblioteca del Seminario de Udine.
- ⁶⁰ Para el punto de Bellarmino, véase Favaro 12: 172; Finocchiaro 1989, 68; y capítulos 5.2 y 14.3. En este punto, el libro impreso (Paschini 1965, 318 n.70 [pero en realidad n. 71] tiene una nota al pie que contiene algún material desfavorable a Galileo; Bertolla (1979, 193-95) no dice nada acerca de esta nota al pie; de modo que aunque el contenido desfavorable sugiere que esta nota al pie

fue agregada por Lamalle, uno tendría que consultar el manuscrito original de Paschini para poder estar seguro.

⁶¹ Paschini 1965, 317-18; cf. Bertolla 1979, 193-95. Vale la pena repetir aquí que la paginación es idéntica para las tres ediciones del libro de Paschini (1964a,b,1965); sus textos son también idénticos, excepto por algunos errores tipográficos corregidos por Maccarrone en Paschini 1965.

⁶² Véase, por ejemplo, Finocchiaro 1980, 1986a, 1997.

⁶³ Citado por Paschini (1965, 339) de Riccioli 1668, 33.

⁶⁴ Citado por Bertolla (1979, 196) de la pág. 412 del manuscrito del libro de Paschini depositado en la biblioteca del Seminario de Udine.

⁶⁵ Esta obra parece ser Lenoble 1957.

⁶⁶ Paschini 1965, 339-40 n. 53. Es enigmático que en su comparación, Bertolla (1979, 196) haya mencionado la omisión en la frase de Paschini, pero **no** indica que el libro publicado incluyó este comentario de Lamalle en una nota al pie.

⁶⁷ Citado por Bertolla (1979, 196) de la pág. 413 del manuscrito del libro de Paschini depositado en la biblioteca del Seminario de Udine.

⁶⁸ Paschini 1965, 341; cf. Bertolla 1979, 196

⁶⁹ Citado por Bertolla (1979, 203) de la pág. 666 del manuscrito del libro de Paschini depositado en la biblioteca del Seminario de Udine.

⁷⁰ Esto es, Delannoy 1906, que era un comentario de Vacandard 1905b; cf. Simoncelli 1992, 125 n. 58.

⁷¹ Hemos visto que la visión de Voltaire (capítulo 6.3) se acercó bastante a esta caricatura.

⁷² Paschini 1965, 548-49; cf. Bertolla 1979, 203-4.

⁷³ Lenoble 1957, 475-76; cf. Paschini 1965, 549, y Bertolla 1979, 204.

⁷⁴ Paschini 1965, 548 n. 41; cf. Bertolla 1979, 204.

⁷⁵ Citando pág. 338, que es un error tipográfico y debiera haber sido p. 358; cf. Delannoy 1906; Bertolla 1979, 203; Paschini 1965, 549 n. 41; y Maccarrone 1979b, 212-13 n. 130.

⁷⁶ Paschini 1965, 549 n.41; cf. Bertolla 1979, 204.

⁷⁷ Beltrán Marí 1998, 95-99; Blackwell 1998a, 364-65; Fabris 1986, 8-10; Nonis 1979, 168-69 n. 1; Simoncelli 1992, 109-28.

⁷⁸ Maccarrone 1979b, 212-13 n. 130; Tamburini 1990; Brandmüller 1992b, 20 n.27.

⁷⁹ Simoncelli 1992, 142-43, expresa esta queja legítima, y menciona varios ejemplos, uno de los cuales es Zoffoli 1990.

⁸⁰ Además de Maccarrone 1979a, véase Maccarrone 1963.

⁸¹ Maccarrone 1979b, 213 n. 130.

⁸² Citado en Maccarrone 1979b, 213 n. 130 de Paschini 1965, 549 n.41.

⁸³ Maccarrone 1979b, 213 n. 130. Aquí Maccarrone no da ninguna luz acerca de aquello a lo que se está refiriendo respecto de León XIII, pero él probablemente tenga en mente la afirmación contenida en su Encíclica *Saepenumero Considerantes*, en el sentido de que “la primera ley de la historia es no atreverse a decir ninguna falsedad, y luego atreverse a decir toda la verdad.” (citado en Jaugey 1888, 7).

⁸⁴ Nonis 1979, 168 n. 1.

⁸⁵ Maccarrone 1979 b, 213 n. 130.